

HISPANIA



ca. 1910 P. 12

HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



J. MIR.—ESTUDIO

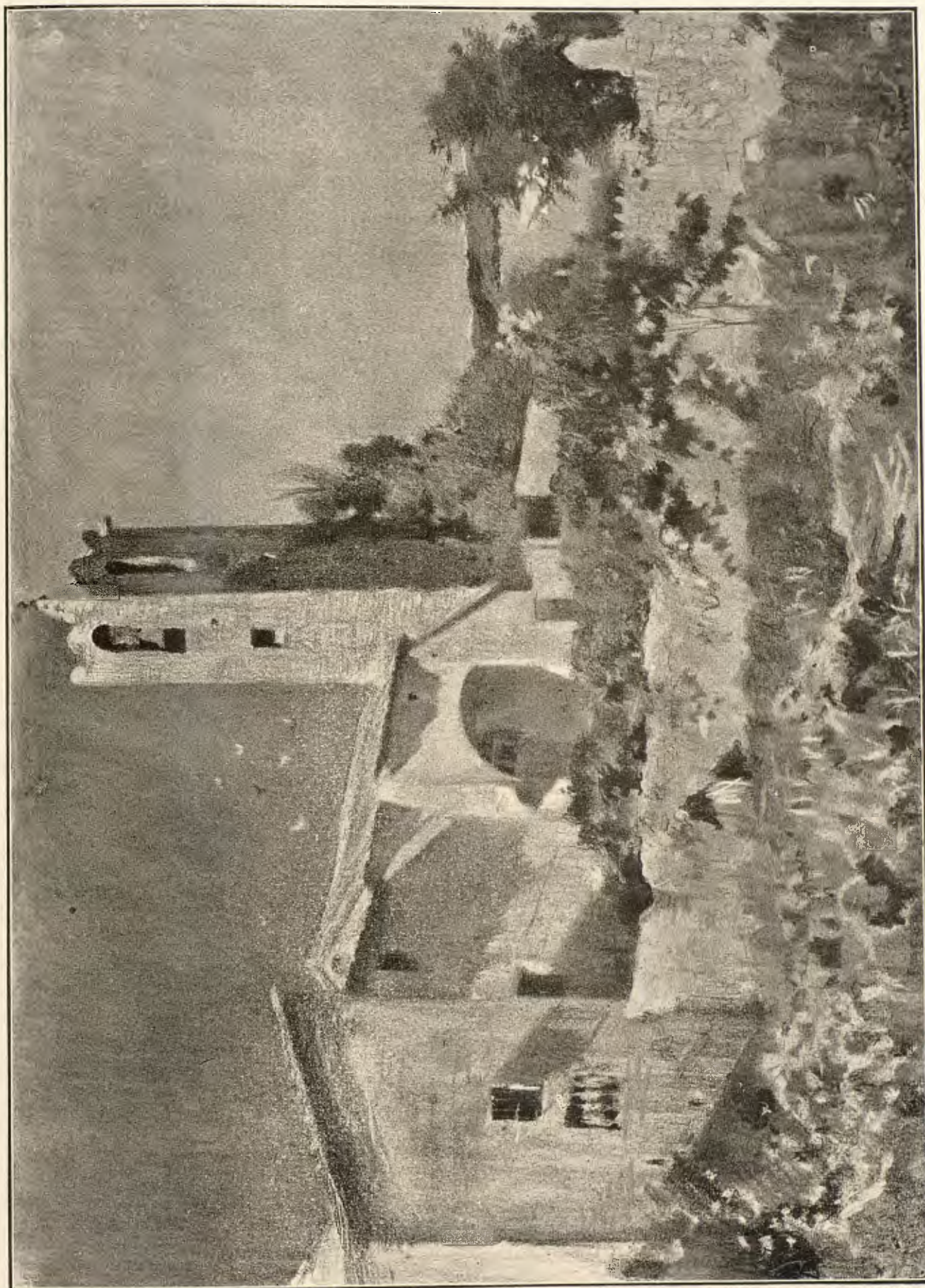


SUMARIO

PORTADA.	por <i>J. Borrell.</i>
ESTUDIO	por <i>J. Mir.</i>
PAISAJE.	
LA MUJER EN LAS NOVELAS DE PÉREZ GALDÓS . . .	por <i>R. Altamira.</i>
DIBUJO	por <i>C. Vázquez.</i>
GRANADINA	por <i>R. Pichot.</i>
Á UNA MALAGUEÑA . . .	por <i>E. Menéndez Pelayo.</i>
PUESTA DE SOL.	
EL INCUNABLE.	por <i>El Conde de las Navas.</i>
	ilustración de <i>García Ramos.</i>
LOS SABIOS ENEMIGOS . . .	por <i>X.</i>
	ilustración de <i>R. Casas.</i>
EL RAYO Y SUS CAPRICHOS.	

Á los señores suscriptores que hayan satisfecho el precio de suscripción y que se ausenten de su residencia habitual, se les mandará la Revista, franco de porte, al punto que se sirvan indicar.





J. MIR.—PAISAJE

LA MUJER

en las novelas de Pérez Galdós



A comenzada publicación de una tercera serie de *Episodios nacionales*, trae á la memoria aquellos días gloriosos en que Pérez Galdós, naciendo á la vida de la literatura novelesca, asombraba á la crítica perspicaz por los indicios y promesas de un talento robusto, sólido, originalísimo, de cuya granazón tan dorada y repleta mies había de salir.

La índole de muchos *Episodios*, y aun de varias de las *Novelas contemporáneas*, pudo hacer creer á los lectores superficiales, que Galdós iba á encarrilarse de una manera definitiva por el riel, en cierto modo fácil y siempre escurridizo, de la novela que pudiéramos llamar dramática ó de enredo, en que lo movido é interesante de la acción exterior, que halaga la curiosidad del gran público, lo llena todo, con perjuicio de otras condiciones más fundamentales, que son las que han inmortalizado á los mejores novelistas de nuestro siglo. No quiere esto decir, por de contado, que sea despreciable en la novela la acción movida y accidentada, que en la vida real es elemento esencial y el más visible, sin duda. Pero, así como en la vida todo hecho exterior, es pura expresión y resultado de todo un proceso interno psicológico, en que halla su substancia y razón de ser, y su alto sentido y valor de realidad, en el arte, los que solo atienden á tales manifestaciones externas, suelen desligarlas de su raíz y origen, y quedarse con la cáscara seca y fofa que nada dice y nada representa.

En Galdós no era de temer semejante peligro. Desde sus primeras obras, notábase en él la iniciación de lo que le ha convertido luego en uno de los más grandes novelistas de este siglo: la psicología honda y aguda, la observación perspicaz y luminosa, que había de llevarle á esas admirables reconstrucciones de caracteres que acercan su nombre á los nombres ilustres de Balzac y Stendhal. Galdós es, efectivamente, ante todo, un creador de caracteres; y en la serie innumerable y rica que ofrecen sus novelas, quizá no hay otros —si se exceptúan los

de curas — más completos y de mayor alteza artística que los caracteres de mujer. Esta condición de la literatura galdosiana, es de las más relevantes, porque, no obstante el extraordinario desarrollo que la novela ha alcanzado en nuestros días, apenas si se pueden citar unos cuantos tipos femeninos, que sean fruto de verdadera penetración psicológica, ó que traspasen los linderos de las más externas, incolores y fútiles manifestaciones del alma femenina.

Ya en *La Fontana de Oro* (1872), había apuntado esa agudeza de Galdós, para sorprender rasgos fundamentales y nuevos en la mujer. En los primeros *Episodios* quedó obscurecida esta cualidad por otras atenciones absorbentes: las mujeres que por aquellas páginas discurren — Inés, su madre, la inglesa de *Los Arapiles* y tantas otras, — no están más que bosquejadas, deliciosas en todo lo exterior, pero, muy á menudo, faltas de consistencia y de armazón sólida; mas en la segunda serie, cuando vuelven á encontrarse, en Madrid, *Genara* y *Monsalud*, recobra y afianza Galdós la perspicacia analítica, doblada de maliciosa experiencia (que á veces se aproxima á la de Campoamor), base de tan grandes futuros aciertos. Á medida que avanza la acción, la figura de *Genara* — mucho más real que la de *Solita* — va nutriéndose y macizándose, haciéndose más humana y, por ello más compleja, hasta convertirse en admirable retrato de una de estas damas, — tan abundantes en la historia secreta de la diplomacia antigua, venidas muy á menos en el *ojalaterismo* de tiempos recientes, — que á un ingenio sutil, á una travesura graciosa y chispeante, á un talento claro, y á un espíritu aventurero y atrevido, unen el fuego de las grandes pasiones apoyado en la excelencia de dotes corporales que utilizan á maravilla. Las páginas autobiográficas de *Los cien mil hijos de San Luis*, son un modelo de esa malicia analítica que ha hecho, más tarde, célebre el nombre de Marcel Prévost.

El tipo de *Genara* reaparece más tarde en otras novelas. No es ya conspiradora, ni trashumante, porque los tiempos han variado; pero es siempre la representación de la mujer superficial, que vive de todo lo externo y que, (usando una acepción de la palabra distinta de la poca honesta que por autonomasia tan solo, se le da comunmente)



cabría llamar sensual, contraponiendo los sentidos, como órganos de la exterioridad ligera y egoísta, al espíritu, que atiende á más hondas cosas de la vida. Este tipo, reforzado y multiplicado en la realidad, por efecto de una literatura desequilibrada y picaresca, que de Francia ha irradiado á todos los países latinos, tiene también admirables representantes en *La Regenta* de Leopoldo Alas, y merece en todos sentidos — artística y socialmente, — un cuidadoso estudio. En él señalase un grave peligro de cierto intelectualismo superficial y malsano, de que reviste á la mujer una educación aparatosa y extranjerizada, muy en uso, que amalgama elementos tradicionales de pura apariencia, con novedades pegadizas, admitidas por indiscreta concesión á lo moderno, sin pensar bien en sus efectos.

Con más insistencia ha estudiado Galdós la mujer fanática (*Doña Perfecta* y la sobrina del Penitenciario, *María Egipcíaca* y otras), advirtiéndole, con admirable intuición, la base de ignorancia real y de pasiones mezquinas, en esa misma ignorancia fundadas, que convierten en temibles, aún para los más altos y sagrados intereses de la vida, ese tipo femenino, tan frecuente en nuestra sociedad actual.

Pero los tres caracteres más originales y estudiados, las tres grandes figuras de mujer que descuellan, entre todas, en la literatura galdosiana, son, á no dudarlo, *Camila* de *Lo prohibido*, *Fortunata* de *Fortunata* y *Jacinta*, y *Augusta* de *Realidad*. Es la primera, expresión de aquel antiguo ideal de *mujer de su casa*, tan deficiente, sin duda, para una razonable ordenación de la vida, pero tan lleno de sólidas y excelentes cualidades. Fiel, hacendosa, limpia de corazón y de cuerpo, esclava y tutora á la vez de su marido, aguda para las cosas pequeñas y prácticas, vulgar para otras de alto vuelo, solo le falta á *Camila* un poco más de ambiente espiritual, un horizonte más amplio en la concepción de su papel en el mundo, para ser modelo apetecible de mujeres. Al lado de sus hermanas, neuróticas y sensuales, al modo de *Genara*, representa la protesta viva de todo lo normal, lo sano, lo bueno, sin luchas ni vacilaciones en esferas fundamentales de la moral familiar: y gustosamente le perdonamos sus vulgaridades burguesas, en gracia á sus virtudes, fruto espontáneo, nacido sin esfuerzo alguno de su alma, incapaz tal vez de talla complicada y fina, pero rica en quilates y de peso elevado y seguro.

Fortunata es una felicísima creación en que Galdós ha puesto lo mejor de su ciencia *madrileña*, tan profunda y nutrida de pormenor como la ciencia parisien (menos experimental quizá, sin embargo) de Balzac. Es *Fortunata* legítima hija de esos «barrios bajos» de Madrid, donde vive una población ineducada, pero viva de ingenio, mezcla de grandes latitudinarismos morales y de esas virtudes espontáneas que suelen hallarse en los pueblos medio civilizados: cierta caridad ardiente y franca, en casos de sencilla y clarísima cooperación al desvalido; cierta facilidad para responder con irreflexivo movimiento á la voz de ideas generosas; cierto romanticismo simpático, aunque peligroso, y aún la comprensión de determinadas virtudes domésticas y amores familiares que, bien dirigidos y aprovechados, podrían dar mucho de sí. El contraste entre la mujer del pueblo (*Fortunata*) y la mujer burguesa, también muy madrileña (*Jacinta*), está perfectamente buscado y visto: y tal ha sido la maña del autor, que la primera, con todos sus defectos, nos atrae más que la segunda con todas sus bondades, quizá por ser éstas pasivas y expresar aquellos el arranque y la fuerza, señales de vida briosa en que toda esperanza tiene asiento. Los que solo conocen la chula madrileña por las caricaturas del género chico, no pueden formarse



idea de la admirable verdad de esa humana y atractiva muchacha que Galdós ha sabido traer al arte, sin hacerla bailar *agarrao*, ni cantar *couplets* salpimentados groseramente.

Augusta nos lleva á un mundo completamente distinto: es el mundo artificial y desequilibrado de nuestra burguesía alta, en que vigorosamente medra ese tipo neurótico, abierto á todas las curiosidades malsanas, debil para todos los esfuerzos redentores, superficial é irreflexivo, de que *Augusta* es modelo acabado. Todo lo que en tales mujeres hay, á la vez, de simpático por el calor del afecto, (que saben sentir á menudo hasta el heroísmo, hasta la muerte), y de antipático por su ceguera ante las delicadezas y finuras del espíritu, su falta de valentía moral de arranque, para responder á los más ardientes llamamientos de la nobleza de alma, y esa frialdad inerte que las imposibilita para reconocer la falta y redimirse en lo íntimo por verdadera contricción, hállese estudiado y claramente expuesto en el tipo de *Augusta*.

Dejando á un lado la gran parte de culpa, que indudablemente, tiene *Orozco* en la irredimibilidad de su mujer, adviértese al punto, en aquella dramática conversación última de los esposos, que *Augusta* — revelando en esto otro carácter de la especie — es de las que pueden retroceder en el camino de la falta por el temor de las consecuencias exteriores, pero que en el fondo, no dejan nunca de acariciarla y de apetecerla, gozosas de hallar, al cabo, una fuerza superior, extraña, que las arrastre, ó un motivo, como v. gr. el despecho, que las justifique y disculpe. Como representante de todo un mundo — por desgracia no nuevo ni de reducida dispersión geográfica, — es *Augusta*, á mi entender, lo mejor estudiado en la literatura contemporánea. Digna hermana suya en el arte, pero con aspectos nuevos que la diferencian no poco, es aquella *Ana Ozores* de *La Regenta*, que

siempre quedará como modelo en la novela española.

Al lado de estas tres figuras maestras, agrúpanse en el mundo de Galdós otras muchas, reveladoras de manifestaciones diferentes del alma femenina: la dulcísima y triste *Marianela*, que recuerda á *Mignon*; la debil flor de Orbajosa; víctima temprana de los vendabales de la vida; la dramática *Gloria*, esfuerzo poderoso de una invención romántica vestida á la moderna, pero inolvidable, á pesar de la inconsistencia real que su propio autor cree hallarle; la clásica y picaresca *Audara* que parece salida de la posada de Monipodio; la mística y soñadora *Leré*; la infortunada *Tormento*; la serie de viejecillas de admirable dibujo, que van desde la trastornada tía de *Miquis* á la mezquina de *Doña Lupe* ó la generosa criada de *Misericordia*: toda una galería de retratos que si no agotan (ni con mucho) la riquísima complejidad de la psicología mujeril, ni siquiera en la común y más frecuente manifestación del amor, pueden ostentar con todo derecho el doble título de genuinamente españoles y de engendrados por el más sincero y sutil arte. Para mayor colorido nacional, aparecen en el fondo las desgarradas y airoas figuras de las manolas de 1808, de las zaragozanas heroicas, de las gerundenses guerrilleras, que forman todo un género en la feminidad española; y por lo que toca al amor, bastarían para hacer grande la obra de nuestro novelista las invencibles pasiones de *Marianela*, de *Gloria*, de la misma *Mariquilla* la Candiola (en *Zaragoza*), que tienen algo de la sublime apasionada de Stendhal, de la épica protagonista de *La Cartuja*, una de las pocas criaturas del arte, que se muestran realmente animadas por ese sentimiento que todos invocan, y que rara vez nace de veras, penetrando el ser entero; hasta sus más hondas raíces, en el alma de las mujeres y de los hombres.

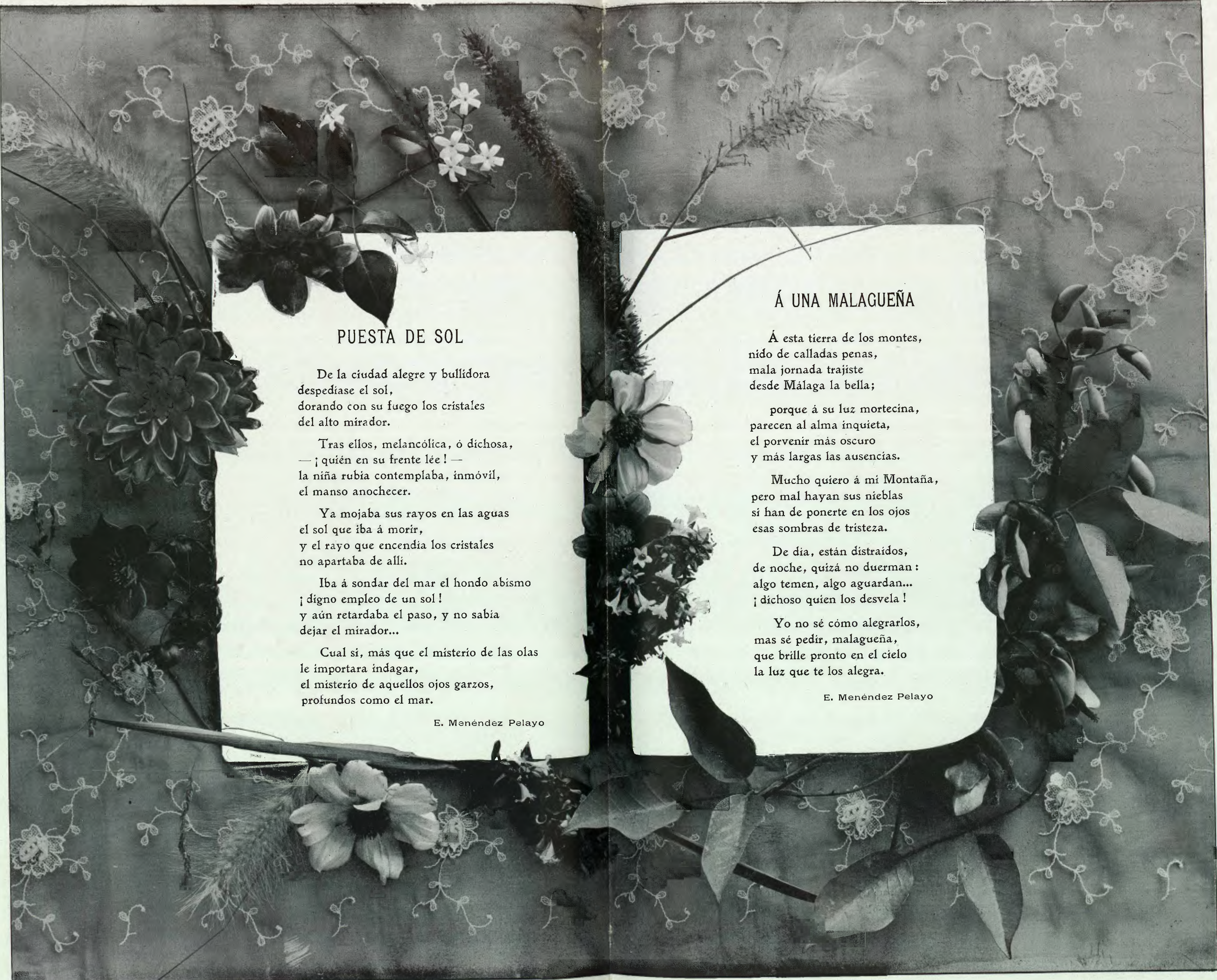
RAFAEL ALTAMIRA



Fundición de Masriera y Campins



R. PICHOT.—GRANADINAS



PUESTA DE SOL

De la ciudad alegre y bullidora
despedíase el sol,
dorando con su fuego los cristales
del alto mirador.

Tras ellos, melancólica, ó dichosa,
— ¡quién en su frente lee! —
la niña rubia contemplaba, inmóvil,
el manso anochecer.

Ya mojaba sus rayos en las aguas
el sol que iba á morir,
y el rayo que encendía los cristales
no apartaba de allí.

Iba á sondear del mar el hondo abismo
¡digno empleo de un sol!
y aún retardaba el paso, y no sabía
dejar el mirador...

Cual sí, más que el misterio de las olas
le importara indagar,
el misterio de aquellos ojos garzos,
profundos como el mar.

E. Menéndez Pelayo

Á UNA MALAGUEÑA

Á esta tierra de los montes,
nido de calladas penas,
mala jornada trajiste
desde Málaga la bella;

porque á su luz mortecina,
parecen al alma inquieta,
el porvenir más oscuro
y más largas las ausencias.

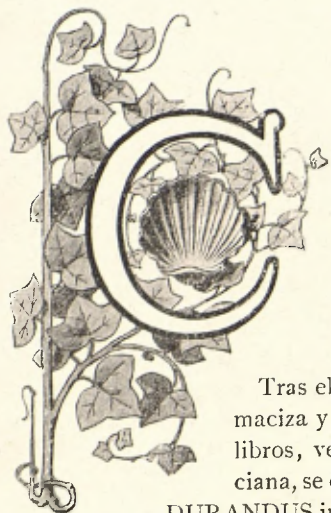
Mucho quiero á mi Montaña,
pero mal hayan sus nieblas
si han de ponerte en los ojos
esas sombras de tristeza.

De día, están distraídos,
de noche, quizá no duerman:
algo temen, algo aguardan...
¡dichoso quien los desvela!

Yo no sé cómo alegrarlos,
mas sé pedir, malagueña,
que brille pronto en el cielo
la luz que te los alegra.

E. Menéndez Pelayo

EL INCUNABLE



UANTAS veces paso por delante del armario C, de la Sala II, aunque sea en el mes de Diciembre, me parece que la caldeada atmósfera de aquella inolvidable siesta de Julio me envuelve y penetra hasta el fondo de mi ser, adormeciéndome dulcemente.

Tras el limpio cristal del gran estante de caoba maciza y á la mitad del pluteo tercero, entre dos libros, vestidos de antigua y chillona pasta valenciana, se destaca la roja lomera (legítimo taflete) del DURANDUS impreso por Fust en Maguncia, año de 1450.

¿Cómo ingresó esta joya tipográfica en la Biblioteca? Ni yo he podido averiguarlo, por más que hice, ni viene á cuento hablar de ello.

De lo que estoy tan seguro, como de haber nacido, es de la procedencia del ejemplar.

Es el mismo que hace veinticinco años «aquella inolvidable siesta de Julio», hojeábamos Teresilla y yo, en el despacho de su tío, tutor y verdugo Don Martín, quien debe de estar saltando en las calderas de Pedro Botero, sin concluir jamás de convertirse en chicharrón.

No cabe duda; la encuadernación, por las tapas, las guardas y los cortes, característica de los libros de lujo de la época de Carlos III; el tercer tejuelo con la indicación INMEMBRANIS; al verso de la primera, guarda el conocido ex-libris del Conde de Mantillón, que lleva sobre la corona ducal del escudo una filacteria con el proverbio latino «Ars longa, vita brevis»; en el folio sexto, desgarrada la vitela y cosida con bramante azul; en el veinte, una gran picadura ó maca de la piel... y sobre todas estas señas particulares y otras, al alcance de cualquier bibliógrafo con vista, una que ni el mismísimo Don Bartolomé José Gallardo, si resucitase, sería capaz de relacionar exactamente en la papeleta del *Durandus*, objeto de estas referencias y espuela de mis recuerdos más gratos. ¡La impresión, en carmín, de la yema de los dedos índice y pulgar de Teresilla en el recto y en el verso del ángulo inferior de la hoja LVIII!

* * *

Más satisfecho que diputado primerizo, en posesión de un acta limpia, llegué muy entrada la tarde á casa de mi novia llevándole, para que se recreara, enrollado en una caña, á modo de cetro ó de antiguo bastón de general, el título de *Archivero, Bibliotecario y Anticuário*, que acababa de ganarme sin recomendaciones.

Teresilla me recibió, como en aquella ciudad solían hacerlo á los Duques de Medinaceli, cuando iban á poseionarse de sus estados.

La casa, desde el portal á los graneros, parecía barnizada de muñequilla; las flores, en tiestos, vasos, jardineras y esparcidas por los muebles, podían segarse; el surtidor de la fuente, á toda llave, llegaba de cuando en cuando, á

regar la lona del toldo, en el patio principal; gilgueros, canarios y mirtos, como si obedecieran la orden del día, comunicada por la reina, entonaron al unísono sus arpeggios más elegidos y hasta Perico, el negrísimo y arisco gatazo granadino, regalo de un canónigo del Sacro-Monte, bajó al pie mismo de la escalera, detrás de mi novia, haciendo el arco del jaciente y con la cola tiesa como poste telegráfico.

Don Martín, siempre aprovechando, interrumpió los cálculos que hacían sobre su voluminoso cuaderno de cuentas corrientes, y alargándome un pitillo del estanco, exclamó con retintín: — Bien venido muchacho; ya me dijo tu madre, que con buena nota has ganado el título de ratón de papeluchos: poca cosa es; pero en fin más vale eso que nada. Y á propósito, un primo mío lejano, canónigo, ya sabes... el del gato, tuvo hace cuatro meses el mal gusto de morirse. Me debía unos cuartejos y, en pago, me dejó sus libros que me parece no valen la cuarta parte de la suma que le presté.

En uno de ellos, muy grandote y en latín, he hallado esta nota. «Aquí Don Martín, que era hombre de mucho orden, tiró de un cajón de su mesa de despacho (en el que nos encontrábamos) y dando enseguida con un papel en forma de volante, que debió de servir de registro al volumen, me lo alargó, añadiendo: Lee; el primer renglón es de letra del Canónigo, lo demás es de otra persona, de tu carrera sin duda, á quien mi pariente debió de consultar.»

El volante decía:

«*Nota Benissime*» en grandes letras de tinta roja, luego en caracteres menudillos y nerviosos:

«*Sobre el Durandus.*»

Si el ejemplar lleva la fecha del 6 de Octubre de 1459, es de la primera edición y, si como muchos bibliógrafos pretenden, los salterios del 1457 y 59 están impresos en caracteres de madera, aquel sería el *primer libro impreso con caracteres movibles fundidos*, en el que se encuentra la fecha y el nombre del impresor.

Hay dos clases de ejemplares: unos que se distinguen por las iniciales grabadas en madera, que van á la cabeza de cada libro, y que ya se habían empleado por Fust y Schoeffer en los salterios, antedichos; y otros porque, en vez de aquellos, llevan letras pintadas con diversos colores.

— ¿Te has hecho cargo de lo que deseo? — me preguntó el tío de Teresilla con tono impaciente, no bien notó que yo concluía de leer con algún detenimiento la anterior nota bibliográfica.

— Creo que sí. Usted quiere saber lo que vale el libro. ¿No es eso?

— ¡Naturalmente!

— Pues para complacerle, necesito, primero, examinar el volumen muy despacio y ver si reúne circunstancias especificadas en esta nota, y después, escribir á mi maestro,



porque no tengo aquí bibliografías, ni catálogos donde ver que precios alcanzaron ejemplares del *Durandus*, de la misma edición.

— Pues manos á la obra, que el tiempo es oro. Instálale en ese gabinetillo con Teresa.

Ella te dará el tomazo colorado. Mucho precio ¿eh?... Ahora dejarme concluir estas cuentas.

Cuida tú, muchacha, de que María Antonia no nos haga aguardar como siempre: la cena á las ocho en punto.

No te digo que nos acompañes, porque hoy no vas á dejar sola á tu madre, mañana...

— ¿Se puede? Interrumpió en aquel momento el muletero, colándose de rondón, sin aguardar á que le dieran licencia.

— ¿Qué ocurre, Lorenzo?

— Naa, que á la generala le ha dao un dolor que se hace forvo revolcándose en el suelo.

La generala era una magnífica *mula de paso*, cabalgadura de Don Martín, quien la tenía en más estima que Calígula á Incitatus, cuando lo nombró consul. El viejo usurero salió disparado tras de Lorenzo, dejándose todas las puertas abiertas y diciéndonos:

— Vuelvo enseguida.

Nos quedamos completamente solos Teresilla y yo.

* * *

De cuantos mezquinos, legítimos é instantáneos placeres ofrece esta broma pesadí-

sima que llamamos vida, no creo que haya ninguno comparable al que experimenta el hombre que comparte las propias aficiones con la mujer amada, y con ella trabaja, ó la tiene por público.

Oírla recitar nuestros versos, sin estropearlos, tocar y cantar juntos, tenerla de modelo, verla, en fin, entusiasmarse con nuestros triunfos en la carrera, en el oficio, ó en la afición que nos domina, constituye una felicidad casi sobrehumana.

En España, donde no abundan las mujeres dadas á lecturas profanas, bien elegidas, es casi inútil buscarlas con conocimientos suficientes para apreciar el mérito de un libro, solo por sus condiciones materiales.

Si existen entre nosotros algunas señoras con aquellos gustos y nociones, serán tan contadas como las que no hablen jamás de moños, modistas y franchutas constructoras de sombreros.

Yo, que fui muy mediano estudiante de derecho, tuve siempre grandísima afición por libros viejos y modernos, bien impresos ó encuadernados. Se puede tener pasión por las flores y no saber una palabra de botánica.



mente para satisfacer la codicia de Don Martín y tenerle propicio, sino para recrearnos con aquella joya del arte tipográfico, al que es deudora la humanidad de más conquistas, que cuantas realizaron los capitanes famosos por mar y tierra, desde Josué á Shafter y del consul Duilio á Dewey.

El gabinetillo, donde nos instalamos, servía como de desahogo al ámplio despacho de Don Martín. Las paredes

Mi incipiente bibliomanía me impulsó primero á seguir la carrera de Archivero, Bibliotecario y Anticuario, y luego, á iniciar á mi novia en los secretos del oficio.

Teresilla compartió conmigo, muy pronto, la chifladura.

Mucho teníamos que hablar de nuestras cosas aquella tarde, pero mi novia ardía, como yo, en deseos de que examinásemos juntos el famoso incunabulo. Y no cierta-

de aquel retrete ó camarín, estaban cubiertas de arriba abajo, por una viejísima estantería de pino embadurnado de almagre. En sus tablas, perfectamente coleccionadas, guardaba el tutor de Teresilla periódicos, revistas, copiadore de cartas, facturas, correspondencias de negocios, botes de tinta ya vacíos, frascos de goma, mazos de balduque y cajas de obleas. En una palabra, la habitacion-

cita era á la vez archivo, depósito de útiles de escritorio y hasta cuarto de aseo, teniendo en cuenta que en dos rincones fronteros se veían, una aljofaina, en su pie de hierro, con tohaller del propio metal y una mesa de noche cilíndrica, de rica caoba y bronce.

En el fondo del gabinete y frente al hueco de la puerta que comunicaba con el despacho, hueco velado por un biombo japones, había una mesa de nogal muy capaz, sin cajones, de las de hierros dorados con purpurina y en forma de X, que va desde el revés del tablero á los travesaños de las patas. Detrás de la mesa, un viejo sillón frailuno de baqueta y, á los lados, dos sillas de Cabra.

Don Martin, sirviéndose de un término usado en las administraciones de correos, llamaba á aquella *su mesa de batalla*, dando á entender que, como hacen en tales oficinas, se servía del mueble, exclusivamente, para distribuir y clasificar sobre el ancho y despejado tablero, papeles que guardaba enseguida en los respectivos legajos del archivo.

Sobre la *mesa de batalla* abrimos el *Durandus*. Yo me senté en el frailuno y mi novia se arrodilló en una de las sillas de Cabra, de espaldas al balcón que daba al huerto y que tenía por cortina un frondosísimo jazmiz real.

En sus orientales perfumes se impregnaba la brisa caliginosa que subía del huerto y así rezumaba tres finas tallas de la Rambla, formadas en el taller de pino, como bordaba de líquidos brillantes el cuello y el nacimiento del pecho de Teresilla.

Libre de la tiranía del corsé y dibujando sus proporcionadas curvas en una fina chapona de color de rosa, se dilataba y deprimía suavemente, como cabecea la gallardísima balandra anclada en el puerto, á impulsos de la resaca.

Había clavado Teresilla sus desnudos y redondos codos en el tablero y sus pupilas azules en la vitela del incunable, atenta á mis observaciones y haciéndolas ella, á menudo, muy oportunas. De pronto, el mixto de canario y jilguero, que sin cesar en sus trinos, saltaba del cavizo á la alambarrera y del columpio al comedero, volcó el bañito de cristal y como la jaula comenzase á chorrear, salpicando desde el hueco del balcón el brillante entablado del gabinete, corrió mi novia á remediar el percance.

Aún me recreo, recordándola encaramada en la silla para alcanzar la jaula.

Al bajarse, se le enganchó el vestido en un clavo del asiento y...

— ¡No mires, tonto! — me dijo poniéndose tan encarnada como las galas de Francia que en un tiesto, sin proponérselo, acababa de regar el pájaro.

Teresilla volvió á arrodillarse, trayendo en la boca una de aquellas flores que parecen refrescar la atmósfera en las ardorosas y tranquilas horas de las siestas andaluzas.

Desde aquel momento, aunque seguíamos hojeando el *Durandus*, ni ella, ni yo parábamos mientes en los sucesivos primores del incunable.

— Sigue, sigue, me decía á cada instante, mientras con sus dientes menudos iba arrancando pintados pétalos á la gala de Francia para mordisquearlos y en los labios encendidos y fogosos, como guindas de Priego á medio ma-

durar, hacerlas, luego, bolitas con la punta de la lengua.

— Sigue, repetía siempre, cuando yo me quedaba suspendido, á medio volver una hoja, mirándome extasiado en sus ojos azules, ó contemplando, con envidia, los restos triturados de la flor.

— Anda, dame esa hojilla...

— ¡Jesús, que porquería! me respondió, sacándose precipitadamente de la boca la última bolita de la gala de Francia y tirándola al huerto por la abertura del balcón.

— ¡Cómo tarda mi tío! sigue, plomo.

Y como quisiese hacerme volver á la fuerza la hoja 58, poniendo las manos en el incunable, imprimió en aquella, por el recto y por el verso, la yema de los dedos tintos en el carmín de la flor.

Al ver manchado el libro, ambos bibliófilos nos quedamos como si hubiéramos cometido una profanación.

Y fué el caso, que el mixto puso sordina y comenzó á cantar muy piano y á compás más lento: que la brisa iba refrescando el vuelo para convertirla en triple esencia de jazmines y que los brillantes líquidos, apenas brotados en el mórbido cuello de Teresa, rodaban suavemente, paralelos por aquel precipicio, de nieve y rosas, burlando mi sed, hasta perderse debajo de la chapona.

Nos faltaba aire: como madre que sale al portal á recibir al hijo que vuelve de la guerra, nuestras almas se asomaban á los ojos para acariciarle con creciente afán.

Teresilla, que parecía mareada, inclinó hácia mi su rubia cabecita que resbaló sobre la palma de la mano, alzando el flequillo, y mostrándome completamente despejada la frente purísima... y en ella posé mis labios sin ruido, sin vehemencia: como se besa una reliquia.

— ¿Es el primero, eh? — preguntó en el mismo instante Don Martin, colándose en el gabinetito con cara de ciclón.

— ¿Qué dice V.? — respondí aterrado.

— ¡Pues que he de decir, bolonios! que si en efecto resulta este librote «el primero impreso con caracteres movibles, &., &.» como reza la nota.

— ¡¡ Ah !!! — replicamos, sin podernos contener Teresilla y yo.

* * *

Treinta años han pasado desde aquella tarde: puede que Teresilla no se acuerde jamás del Santo de mi nombre, pero á mí, cuantas veces paso por delante del armario C. de la Sala II, aunque sea en el mes de Diciembre me parece que la caldeada atmósfera «de aquella inolvidable siesta de Julio me envuelve y penetra hasta el fondo de mi ser, adormeciéndome dulcemente.»

EL CONDE DE LAS NAVAS

LOS SABIOS ENEMIGOS

Hacia ya cinco años —seis, quizás— que entre aquellos dos eximios varones, nacidos y educados para entenderse y estimarse mutuamente, reinaba una cordial enemistad, un odio casi africano.

Don Sinforoso Laplepa, profesor de Estética, no podía sufrir á Don Hilarión Graells, catedrático de Artes Plásticas. Y Don Hilarión Graells no podía ver, ni en pintura, á Don Sinforoso Laplepa. De lo cual resultaba una perfecta inteligencia interna, fundada en la completa conjunción de antipatías.

Don Sinforoso era un aragonés robusto, de cara apoplética, de un físico más apropiado para un cabo del Resguardo, que para un profesor de Estética. Decíase de él, que era muy bruto.

Don Hilarión, era un catalán magro, larguirucho, de rostro avinagrado y bilioso. Como cascarrabias, se había conquistado una reputación de las más legítimas.

* * *

¿Cuál fué el origen de aquella lamentable malquerencia entre dos varones tan conspicuos que, habiendo entrado, casi simultáneamente, á formar parte del mismo Claustro universitario y tratándose mutuamente, en los primeros tiempos con excelente compañerismo, concluyeron por aborrecerse tan íntimamente?

El origen fué este: un escarceo académico, que acabó por una disputa violenta, sobre el siguiente tema: «¿Tenían las razas greco-latinas de los primeros siglos de la era cristiana, superioridad plástica sobre las razas galo-germánicas, ó bien la tenían éstas sobre aquellas?» — Don Sinforoso, que pretende descender en línea recta de linaje godo, sostenía enérgica y hasta brutalmente, la superioridad de las primitivas — y presentes razas del Norte. Don Hilarión Graells, cuyos abuelos debieron de ser, sospecha él, unos Graells de la antigua Roma, afirmaba en tonos destemplados y ágricos, la de los helenos y latinos. La controversia adquirió tal carácter de violencia, que á no mediar la intervención de un bedel, los dos sabios se hubieran roto el alma. Separáronse sin haber llegado á las manos, pero desde aquel día, no volvieron á hablarse ni á saludarse siquiera.

* * *

—Si señor— declaró noblemente Don Hilarión todavía trémulo— no vacilo en confesar, que sin la providencial mediación de V. hubiese probablemente desaparecido para siempre, entre estas ondas del mar latino.

—Tanto como eso, no creo— repuso D. Sinforoso —pero hubiera V. bebido un buen trago: esta playa



es muy incómoda y algo peligrosa.

Los dos catedráticos salieron del agua reconciliados. ¿Qué menos podían hacer, después del servicio hecho por Laplepa, cuyo brazo musculoso había retirado del peligro á Graells, en el momento que perdía pié y se hundía en el pérfido elemento?

Chorreantes y fresquitos, se dirigieron al sitio donde tenían sus ropitas.

—¡Cuidado, amigo mío!...— saltó de pronto Graells cojiendo á su colega por un brazo y deteniéndole.

—Que... ¿qué hay? — interrogó Laplepa.

—Que si da V. un paso más, se abre V. el pie con ese pedazo de vidrio roto.

—¡Cáspita!— exclamó emocionado el profesor de Estética— de buena me ha salvado V., querido Graells.

* * *

Cinco minutos después, los demás bañistas oyeron las voces irritadas de los dos distinguidos catedráticos, discutiendo é increpándose duramente á propósito de la «Superioridad plástica de la raza greco-latina sobre la galo-germánica y viceversa.»

Y las dos lumbreras salieron del barracón balneario, irremisiblemente reñidos.

X.

EL RAYO Y SUS CAPRICHOS

Las tormentas que han estallado estos últimos días en diferentes puntos de España y particularmente la que descargó en Barcelona en la madrugada del 13 del actual, notable por su duración, impropia de nuestro clima, por los fragorosos estampidos de los truenos y por la intensidad de las descargas eléctricas, nos han traído á la memoria algunas singularidades del rayo, de que hacen mérito varias obras de meteorología y que creemos de oportuna y curiosa reproducción.

El rayo no se distingue únicamente por los estragos que á veces causa en personas y cosas: en ocasiones, es caprichoso, y lo mismo puede dar quince y raya al mejor doctor para curar enfermedades, que competir con el más hábil fotógrafo, aleccionar á un químico en la transmutación de metales ó presentar inesperadas cuantos inexplicables rarezas.

Que puede extirpar radicalmente añejas dolencias, lo prueban entre otros, los siguientes ejemplos:

Un gentleman americano estaba baldado desde su infancia, de todo el lado derecho. Un rayo le devolvió el uso de todos sus miembros, después de haberle causado tan violenta sacudida, que estuvo más de veinte minutos privado de sentido.

Otro inglés pasó veinte años seguidos, tomando inútilmente todos los veranos baños de aguas ferruginosas, y á consecuencia de haber caído junto á él un rayo con cierta violencia, en menos de un segundo quedó radicalmente curado.

Una vieja solterona, llamada Susana Schmach, estaba tan completamente baldada desde su infancia, que no podía dar un paso sin muletas. Hallábase sola cierto día en su habitación, cuando estalló cerca de ella una descarga eléctrica con aterrador estrépito. La pobre vieja se hincó de rodillas, implorando el favor de Dios, con todo el fervor de que era capaz; en aquel momento oyó llamar á la puerta: era su hermano que acababa de llegar. La parálitica conoce su voz y busca con la vista las muletas que le servían de sostén. No viéndolas, se dirige á la puerta, dispuesta á ir á rastras; pero pudo mantenerse derecha. ¡Oh maravilla! Echó á andar, sin necesidad de apoyo. El espanto, la sacudida de la descarga eléctrica, habían producido una curación asombrosa.

El actor inglés Gordley recobró el uso de su ojo derecho, del que estaba enteramente privado, dichosa circunstancia de que fué deudor á un rayo que estalló cerca de él.

Un sacerdote octogenario, que decía misa una mañana en la iglesia de San Marcos de Roveredo, pudo prescindir de usar anteojos, después de haber caído un rayo tan cerca de él, que prendió fuego á su ropa.

En Biberac (Prusia) alcanzó un rayo á dos ciudadanos, á los que hirió gravemente; pero uno de ellos recobró el oído, del que estaba privado hacía largo tiempo; de suerte, que al restablecerse de las heridas que recibió, bendijo al que tan radicalmente le había curado de su inveterada sordera.

Podríamos multiplicar estos ejemplos; pero bastan los apuntados, para demostrar que si los rayos causan estragos, también pueden deparar á la humanidad doliente inapreciables beneficios.

Que esas poderosas manifestaciones de las energías eléctricas pueden competir con el mejor fotógrafo, lo demuestran estos casos que citamos al azar.

Arago cuenta en su *Tratado del rayo*, lo acaecido á un hombre que se hallaba cerca de un árbol en el que cayó un rayo. Aunque tuvo un gran susto, como no se sintió herido, se tranquilizó al poco rato; mas al acostarse por la noche, se encontró, con gran estupor, marcado por una mano invisible. Un pincel misterioso había trazado en su piel la imagen de aquel árbol con todas sus ramas.

En cierta ocasión, el doctor Derendinger, médico de las inmediaciones de Viena, regresaba á su casa por el ferrocarril. Al apearse del tren, echó de ver que le faltaba su portamonedas, que sin duda le habían robado. Este portamonedas era de concha, y en una de sus chapas llevaba las iniciales del doctor, dos D entrelazadas, incrustadas en acero. Algun tiempo después llamaron al doctor para asistir á un extranjero, al que se había encontrado sin sentido al pie de un árbol, víctima de un rayo. Lo primero que vió el médico en el paciente, fué su cifra como fotografiada en la piel del muslo. ¡Júzguese cuál sería su asombro! Merced á sus cuidados, el enfermo volvió á la vida, siendo trasladado al hospital. Una vez allí, el doctor manifestó que entre la ropa de aquél debía haber un portamonedas de concha, como así resultó; el individuo herido por el rayo era el ladrón. Al alcanzarle el fluido eléctrico, había sido atraído por el metal del portamonedas y fundiendo las iniciales incrustadas, dejó impresas sus huellas en el cuerpo, por uno de esos fenómenos tan extraños como conocidos.

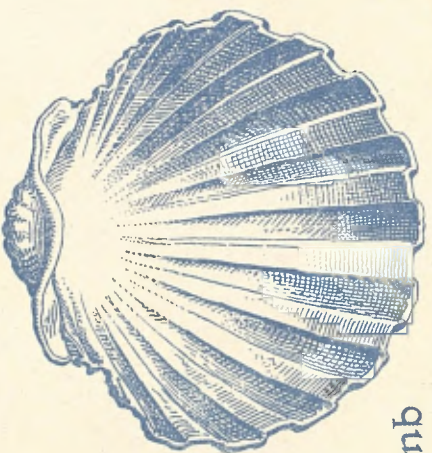
Los periódicos ingleses publicaron en 1867 el siguiente caso: Al descargar una tormenta, tres muchachos se cobijaron debajo de un árbol; estalla el rayo y cae en el árbol, describiendo á su alrededor una serie de círculos. Los niños, asustados al pronto, se reanimaron y vieron que uno de ellos presentaba en uno de sus costados la imagen acabada del árbol bajo el cual se habían refugiado. La fotografía era tan perfecta, que se distinguían fácilmente las hojas y las fibras de las ramas.

Para no prolongar más este artículo, lo terminaremos mencionando un caso en que á la fotografía por medio del rayo, se puede añadir la galvanoplastia por el mismo agente y el transporte de metales en mayor ó menor cantidad.

Durante una terrible tormenta que estalló en Nantes el 25 de Julio de 1868, el contador de marina M. P... se vió envuelto en un relámpago muy vivo, á pesar de lo cual siguió andando por no sentir ninguna molestia. Llevaba en el bolsillo un portamonedas que en una de sus divisiones tenía dos monedas de plata y en la otra una de oro de diez francos. Cuando abrió al día siguiente el portamonedas, se quedó sumamente sorprendido al encontrar una moneda blanca en lugar de la de oro. Al pronto creyó que se había equivocado, pero examinando más detenidamente las monedas, vió que la indicación de su valor estaba intacta. Una capa de plata sustraída de la moneda de un franco, recubría las dos caras de la diez; la primera aparecía ligeramente mermada y estaba un tanto azulada. Este fenómeno fué el resultado de una acción galvanoplástica, pero lo más raro del caso, fué que el transporte de la plata á una superficie de oro, se efectuó á través de la piel que formaba las dos divisiones del portamonedas.

PANORAMA NACIONAL

BELLÍZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS



Lo forman 2 preciosos albums, lujosamente encuadernados,
que contienen cada uno más de 300 vistas,

fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO 20 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •